

EL GONCOURT Y SUS FASTOS

Los franceses aman la ceremonia. Los hechos que entre nosotros transcurren en los corredores, allá ocupan la sala, y son iluminados por suntuosas arañas de caireles. Los jurados de un premio literario se reúnen aquí en una oficina, y la noticia del premio se publica dos meses después, a una columna, cuerpo seis, página par, abajo: difícil que nadie se sienta tentado

El restaurant Drouant no deja de ser un lugar pintoresco para otorgar un premio. "Los diez", al conservarse fieles a una costumbre que originariamente revelaba la voluntad Goncourt de romper con el formalismo "grand époque", no pudieron prever que ellos creaban una tradición nueva, de inmediato respetada, ensalzada y copiada por muchos de los centenares de jurados que todos los años bendicen en Francia la producción literaria. El día del consabido almuerzo el restaurant adquiere repentina majestuosidad, las alfombras parecen nuevecitas, la iluminación acrecentada, y los mozos los oficiantes de una religión hermética. Moviéndose entre la muchedumbre de periodistas, fotógrafos, y curiosos, son ellos quienes se permiten los calembours sólo accesibles a los iniciados. Este año se había retrasado Raymond Queneau y cuando los periodistas, que ya no sabían de dónde recoger el material pintoresco del caso, interrogaban a los mozos sobre los motivos de su tardanza, uno de ellos musitó compungidamente: "Debe haber quedado atrapado en el Metro", y otro, como un aburrido eco, agregó: "¿Debido a Zazie?".

En la sala ya estaban Hervé Bazin, Pierre Mac Orlan (que ese mismo día era candidato al Premio Nacional de Letras que le arrebató a último momento Pierre Jean Jouve), Gerard Bauer, Armand Salacrou, encargado del toque humorístico a uso de periodistas, Jean Giono más negro que nunca, Philippe Heriat, André Billy, Alexandre Arnoux, Roland Dorgèles. No bien llegado Raymond Queneau el jurado se constituyó tras una barricada de mozos presidida por el "maitre d'hotel", dioses tutelares que dejaban caer algunas migajas de información, como ser el tipo de langosta que integraría el almuerzo. Pero sólo quince minutos después ya Philippe Heriat solicitaba el micrófono, —y había doscientos en la sala—, para comunicar los resultados: después de dos votaciones Anna Langfus había recibido el premio Goncourt por su novela *Les bagages du sable* (horrendo título) por seis votos; Henri François Rey obtenía dos votos por *Les pianos mecaniqués*; Anne Hure uno por *Les deux moniales* y Robert Pinget uno. Este último era el voto de Queneau, quien, interrogado por los motivos de su elección y la persistencia en votar *L'Inquisiteur*, contestó secamente: "Yemza". (Los periodistas ante esto sin parpadear; *J'aime ça*). Salacrou hizo una broma sobre la pérdida de sus llaves y rápidamente los jurados pasaron al comedor. "Apuren" decía Gerard Bauer que esa tarde tenía que participar de otro jurado en el Ministerio, junto a Roland Dorgèles, pero algunos de sus colegas querían aprovechar los minutos de filmación para sonreír, como al descuido, debajo de los focos, y

justificar sus votos. Mac Orlan se con-toneaba con satisfacción inmensa: "Hace quince días que el premio para Anna Langfus está asegurado" decía ingenuamente.

En sólo quince minutos Anna Langfus, prácticamente una desconocida en la literatura francesa, había conseguido una de las glorias más centellantes de que dispone este país tan afecto a ellas, tan propietario de ellas. Anna Langfus recibió para ser precisos, un premio insignificante: 50 NF, o sea unos 120 pesos de nuestra moneda. Ese es el monto del Goncourt, y "Los diez", también por tradición, no han querido aumentar el premio a pesar de dos guerras mundiales y unas cuatrocientas devaluaciones. Pero entre la muchedumbre de periodistas había un hombre que, no bien dictado el fallo, corrió a un teléfono para comunicar la noticia: era el representante de la casa Gallimard, acaparadora de los Goncourt (en los últimos diez años obtuvo siete) que daba la orden para que se comenzara de urgencia la primer tirada de cien mil ejemplares con la faja: "Premio Goncourt". La dos palabras relucían una semana después en todas las tiendas, librerías, kioscos, sobre una montaña de libros que se vendían como la lotería.

La tirada media de un Goncourt son doscientos mil ejemplares, lo que le reporta al autor, sólo en Francia, sin contar traducciones, derechos de adaptación, etc., algo más de medio millón de pesos. No está calculado públicamente cuanto le reporta al editor, pero sin duda se trata de una cifra cinco veces mayor, por lo menos. Además al autor le asegura una gloria, efímera, pero bien financiada. Todos los diarios, radios, cadenas de televisión, se precipitan al día siguiente sobre la víctima, escudriñan su vida, la fotografían junto con su marido, dedican varias páginas a sus hijos, miden el tamaño de su casa y cuentan los libros que lee, averiguan en qué ha de invertir el premio y reconstruyen la genealogía familiar, con abundante concesión a la vida privada. No un escritor: un insecto examinado al microscopio. Eso es la gloria. Parece legítimo que Jean Louis Bory, días antes, se quejara amargamente del efecto deletéreo que el premio Goncourt puede tener, sobre un escritor joven, pensando evidentemente en su propio caso.

Un Goncourt acuña la imagen de un escritor, le crea un público afecto a un tipo de obra, lo condena a la repetición y además gasta sus resistencias al medio con el halago periodístico y la fortuna: esa es la tesis de Bory, que abrió una polémica ardiente. Salacrou defendió el punto de vista de los "diez" con un balance económico: el premio permite a un joven escritor disponer

a comprar el libro. La ceremonia del Goncourt en cambio es un modelo del protocolo francés en la materia, con su cauteloso ridículo que, bien administrado, sirve a realzar la magnificencia. El material de que disponía el jurado este año era bastante magro, salvo el macizo libro de Robert Pinget *L'Inquisiteur* que tampoco era para cortar el aliento a nadie. Quedaba por lo tanto el espectáculo, inédito para mí, de la ceremonia. Fui a verla.



de tiempo (léase dinero) para escribir, y proporciona dinero al editor para que se arriesgue a publicar jóvenes talentos y desconocidos. En cuanto a Anna Langfus tuvo la mejor respuesta al problema planteado: "Si la Gestapo no fue capaz de cambiarme no creo que lo consiga el Goncourt".

Es improbable que el Goncourt pase a la historia de las letras francesas, como ha ocurrido con algunos anteriores, muy pocos (digámoslo rápidamente). Por un Proust, un Malraux, una Simone de Beauvoir, ¿cuántas decenas de libros leídos e ilegibles ha coronado la Academia? Tampoco la función de este premio es adelantarse a la posteridad; ni siquiera descubrir con juicio infalible la obra maestra del año (da la casualidad que algunos años no producen ese material) sino una más sencilla, profesional y eficaz: llamar la atención sobre la obra de un escritor joven, entendida la juventud con cierta latitud a la francesa, y aconsejar al cuarto millón de lectores ocasionales que hay en Francia el libro que les permitirá cumplir con las letras patrias.

El libro de Anna Langfus *Les bagages du sable* es de los legibles aunque no sea de los perdurables: escrito por una polaca de origen judío que atravesó la guerra y el exterminio nazi, y que hace muy pocos años que aprendió el francés, responde sin embargo a una cocina afrancesada donde el testimonio de la guerra y el antisemitismo, que justificó los 500.000 ejemplares del Goncourt 59, Schwartz Bart, *El último de los justos*, se da la mano con la historia sentimental, erótica, escéptica, de la joven con el viejo, que justifica cada

dos años los 300.000 ejemplares de Françoise Sagan.

Esta mezcla puede provocar la irritación que a muchos espectadores ocasionó el similar maridaje de Hiroshima mon amour, algo agravado porque de todos modos Anna Langfus no es Marguerite Duras. Pero si atendemos a las declaraciones posteriores del autor, empezó por hacer Françoise Sagan y a medida que la novela crecía se encontró con que la guerra la inundaba, la obsesión de un infierno vivido muy de cerca penetraba su tema y transformaba sus propósitos.

Tiene razón Claude Roy en aconsejar la lectura conjunta de las dos novelas de Anna Langfus: *Le sel et le soufre* y *Les bagages du sable*, que, aunque relatos independientes, se complementan por sus planteos, recibiendo el segundo la irradiación más auténtica del primero con lo cual adquiere una dimensión más grave. *Le sel et le soufre* es la historia de una joven polaca, judía, que en las ruinas del ghetto de Varsovia pierde su nombre, su pasado, y queda condenada a un presente de sueño. Contada con rica proyección psicológica y con atemperada angustia, es una novela que respira verdad, donde el cosmético no desfigura las arrugas. De esa fuente nace y se difunde la autenticidad que rescata por momentos la segunda novela de Langfus, *Les bagages du sable*, escrita en un francés transparente.

Cuando Anna Langfus llega a Francia, en 1946, no sabe el idioma. Le consiguen un puesto de institutriz en un colegio y ella obtiene de sus pequeños alumnos que en vez de burlarse de sus errores se los corrijan: nunca un escritor aprendió de un modo más rápido y más pintoresco. Escribe para el teatro y Sacha Pitoeff le estrena una pieza que es un fracaso, *Les lépreux*. Intenta nuevamente y Jean Vilar se interesa por un texto que no ha llegado todavía a la escena. "Yo creía que el teatro era más fácil, todo consistía en hacer hablar a los personajes" dice ahora, para explicar que hecha su composición de lugar haya decidido dedicarse a la narrativa, con una acentuación de esa interioridad psicológica que la caracteriza, de la explanación de almas femeninas tocadas por la guerra.

Todo eso pertenece al material que llamaríamos testimonial. Tiene su valor, su emoción, pero no es suficiente para determinar la medida plena de un escritor. El Goncourt ha encendido todos los focos sobre una mujer que tiene ahora cuarenta años: parece haber pagado así una de las tantas deudas de guerra y, al mismo tiempo, la ha puesto ante la mayor empresa: crear una obra original, distinta, llena de invención y de belleza, es decir, de arte.